
México: una pasión patriótica y un esfuerzo vital*

*Santiago Roel***

Es interesante y sorprendente verse uno biografiado en unión de los cancilleres de México.

A cada uno de nosotros, los 78 que aparecemos en la obra que hoy comentamos, nos ha correspondido dirigir la Secretaría de Relaciones Exteriores en un momento histórico determinado.

A muchos de nuestros colegas o pares les correspondió *vivir* en épocas aciagas, de turbulencia o de guerra. A otros, en cambio, les tocaron momentos de paz transitorios, menos difíciles para nuestro país, aunque siempre complicados.

Sin embargo, ninguno de nosotros cumplió su cometido en circunstancias fáciles o en una relativa *Pax Mexicana*: ni durante la Independencia, ni durante la Reforma, ni durante la Revolución Social que culminó con nuestra Carta Magna. Es decir: en los tres tiempos fundamentales de la sinfonía histórica mexicana.

Desde José Manuel de Herrera, hasta Fernando Solana Morales —a quien pronto se incluirá en esta obra como el Canciller 79—, México ha permanecido siempre acosado por fuerzas superiores a las nuestras, militar y económicamente hablando.

Junto a la presión del exterior, hemos sido además desgarrados por problemas internos que nos agobian desde siempre y nuestro destino geopolítico es convivir a la vera del país más poderoso de la tierra, tratando *malgré tout*, de ser libres y soberanos, autónomos e independientes.

La política exterior mexicana, orientada constitucionalmente por sus respectivos presidentes e interpretada por sus secretarios de Relaciones Exteriores, ha luchado en contra de hombres y elementos y ha logrado sacar adelante sus tesis fundamentales, las cuales en esencia, podríamos sintetizar—si me lo permiten—

* Palabras con motivo de la presentación de la obra *Cancilleres de México*: tuvo lugar en el auditorio Alfonso García Robles de la Secretaría de Relaciones Exteriores el 11 de mayo de 1993. Fueron leídas por el oficial mayor de la sse, Carlos A. de Icaza.

** Canciller de México (1976-1979).

de la siguiente manera: México ha defendido siempre la *Fuerza del derecho*, a *contrario sensu* de países poderosos que, las más de las veces, definden sólo el derecho de la fuerza.

Cada Canciller mexicano, en consecuencia—en su momento existencial—y como soldado de la patria, vivió el lugar histórico que le correspondió.

Alguno estuvo con Morelos, cuando apenas se gestaban los *Sentimientos de la nación* y nuestro Derecho de Gentes; otro, a la sombra del llamado primer imperio; otro más, con base ya en la Primera Constitución del México independiente, al servicio de Guadalupe Victoria en el honroso y dual puesto denominado ministro de Relaciones Interiores y Exteriores.

Unos fueron liberales y otros conservadores; unos ayudaron al *benemérito* a doblegar al llamado segundo imperio y a medir sus armas -- por cierto, muy bien— con la hábil diplomacia europea; otros sirvieron a Porfirio Díaz, quien trató de zafarse de la *fuerza imperial* relacionándose industrial y financieramente con Europa. Algunos estuvieron con Madero y con Carranza en nuestra lucha social y, en recientes fechas del México posrevolucionario, los cancilleres en turno continúan sorteando los obstáculos en la *escarpada* cuesta de nuestra liberación comercial.

Además, todos los cancilleres, en su momento histórico, defendieron el suelo y el subsuelo, el territorio y basta el cielo de la nación mexicana, con tratados adecuados y convenios justos; es decir, con obras que son amores y no con buenas razones.

Aun en los *peores* momentos de la historia del siglo *xx*, cuando se requería una voz de alarma para que madurásemos, estuvo Luis G. Cuevas, quien, con fama de conservador, en el fondo tenía ideas federalistas. Criticó acerbamente a Santa Anna, defendió a México en la llamada *guerra* de los pasteles y trató de alertarnos para evitar la anexión de Texas. Ante la invasión americana de 1846-1847, perdida toda *esperanza*, supo cuál era su puesto en la trinchera y ayudó a *redactar* el doloroso Tratado de Guadalupe-Hidalgo.

Y así *ad-infinitum*.

Podríamos decir que todos los secretarios de Relaciones, sin excepción, tuvieron una voluntad de acero para integrar nuestro ser nacionalista y mexicano.

Los cancilleres de México *estamos* ubicados históricamente en épocas diversas: somos anatómica y biológicamente distintos; psicológica y filosóficamente pertenecemos quizás a escuelas variadas; tenemos preparaciones intelectuales disímolas; contamos también con profesiones diversas; procedemos de las antípodas de nuestro país y a veces, incluso, somos o hemos sido contrarios en cuestiones ideológicas.

¿Cuál podría ser en consecuencia el denominador común que uniría a todos los cancilleres de México? ¿En qué nos pareceríamos los unos a los otros,

para ser incluidos en los dos volúmenes hoy comentados, bien redactados por los respectivos biógrafos y nítidamente impresos por la Secretaría de Relaciones Exteriores de México?

Después de leer todas las biografías de los *Cancilleres de México*, podríamos opinar—sin temor a dudas—que en esta diversidad, un sólo propósito fundamental nos ha unido en estos 183 años de lucha de los mexicanos para ser libres y soberanos: *Defender a México lo mejor que pudimos, con pasión patriótica, aplicando en ello, nuestro máximo esfuerzo vital.*

Si la historia es la gran maestra del hombre y el espejo de la vida, que instruye con la experiencia y corrige con el ejemplo, es importante volver a vivir la vida de tiempos para siempre idos; resucitar en el recuerdo a quienes ya no existen, con aciertos o yerros, alegrías o tristezas, virtudes o defectos; con hábitos, prejuicios, glorias o fracasos, transmitiendo, en visión de lejanía, la experiencia de las generaciones de antaño a las generaciones de hogaño. (Parte de esta idea proviene del prólogo de los *Apuntes históricos* de mi padre.)

Los cancilleres que aún vivimos, no podremos juzgarlos a nosotros mismos y quizás tampoco a quienes han hundido ya en la tierra su raíz más honda. Nuestra actuación trasciende los límites del egoísmo personal o de la modestia sin fundamento.

Sólo la historia y las generaciones presentes o futuras serán capaces de juzgarnos con veracidad y con certeza.

Esperemos que el juicio sea objetivo y desapasionado.

¡Que sea para bien!